

lamanoizquierdadedios.wordpress.com

Paul Hoffman

La mano izquierda de Dios

Traducción

ADOLFO MUÑOZ

la esfera  de los libros

Primera edición: febrero de 2010

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Left Hand of God*

Publicado en el Reino Unido por Penguin Books Ltd., 2010

© Paul Hoffman, 2010

© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2010

© La Esfera de los Libros, S. L., 2010

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9734-931-4

Depósito legal: M. 52.059-2009

Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S.L.

Fotomecánica: Unidad Editorial

Imposición y filmación: Preimpresión 2000

Impresión: Anzos

Encuadernación: Méndez

Impreso en España-*Printed in Spain*

I

Escuchad: el Santuario de los Redentores en Peña Shotover se llama así por una cochina mentira, pues por allí redención hay poca, y santuario aún menos. El campo que lo rodea está lleno de maleza y hierbajos, y apenas hay diferencia entre el verano y el invierno, lo que equivale a decir que hace siempre un frío del demonio, no importa la época que sea del año. El Santuario resulta visible a kilómetros de distancia cuando no lo oculta, como suele ocurrir, una niebla sucia y espesa. Está construido con pederنال, hormigón y harina de arroz: la harina vuelve el hormigón más duro que la roca, y ese es uno de los motivos de que la prisión (pues de eso se trata en realidad), haya resistido tantos intentos de asedio, intentos hoy día considerados tan inútiles que nadie ha tratado de tomar el Santuario de Shotover en cientos de años.

Es un lugar nauseabundo al que solo los Padres Redentores van por propia voluntad. ¿Quiénes son sus presos, pues? En realidad, esta es una palabra poco acertada para aquellos que llevan a Shotover, pues la palabra preso sugiere un delito, y ninguno de ellos ha conculcado ley alguna impuesta por el hombre ni por Dios. Ni tampoco se parecen a ningún preso que se pueda ver en ningún otro lugar, porque todos los que llevan allí son niños de menos de diez años. Dependiendo de la edad que tengan al ingresar, pueden tener más de quince cuando salgan, aunque solo la mitad llegan a hacerlo. A la otra mitad los envuelven en un sudario de arpillera azul y los entierran en el campo de Ginky, un cementerio que comienza al otro lado de la muralla. Este cementerio es tan grande que se extiende hasta donde alcanza la vista, así que ya os podéis

hacer una idea del tamaño de Shotover y de lo duro que resulta en él simplemente conservar la vida. Nadie conoce todos los entresijos del Santuario, y es muy fácil perderse por sus interminables pasillos, que giran a derecha e izquierda y doblan hacia arriba y hacia abajo como en un laberinto. Y aún más porque todos los rincones del Santuario parecen idénticos entre sí: todos son de color marrón; todos son oscuros, lúgubres; todos huelen a viejo y a rancio.

En uno de esos pasillos se encuentra un muchacho que mira por la ventana y sujeta un saco azul oscuro. Puede que tenga catorce o quince años, aunque él mismo no está seguro de su edad, como no lo está ningún otro. Ha olvidado su nombre original, pues a todo el que llega aquí se lo cambian para ponerle el de uno de los mártires redentores. Y mártires redentores hay muchísimos, debido a que, desde tiempo inmemorial, a los redentores los odia a muerte todo aquel al que no han logrado convertir. Al muchacho que mira por la ventana lo llaman Thomas Cale, pero nadie emplea nunca el nombre, solo el apellido, y al hacerlo él comete un pecado muy grave.

Lo que le atraía a la ventana era el sonido de la Cancela del Noroeste, que chirriaba como un gigante aquejado de dolor de rodillas, tal como hacía siempre en las raras ocasiones en que se abría. Vio cómo dos redentores, vestidos con su hábito negro, se acercaban a la cancela y hacían pasar a un niño de unos ocho años, seguido de otro ligeramente menor y de otro más. Cale contó veinte en total antes de que apareciera al final, cerrando el grupo, otro par de redentores. Con lentitud de artrítica, la cancela empezó entonces a cerrarse.

Cale cambió de expresión al inclinarse hacia delante para atisbar, tras la cancela que se cerraba, el Malpaís que se extendía al otro lado. Solo había salido de la muralla en seis ocasiones desde que llegara allí hacía más de diez años: según decían, era el niño más pequeño que hubiera entrado nunca en el Santuario. En esas seis ocasiones lo habían vigilado como si la vida de sus guardianes dependiera de ello (y en efecto así era). Si él hubiera fallado en cualquiera de esas seis pruebas, que es lo que eran, lo habrían matado en el acto. En cuanto a su vida anterior, no podía recordar nada.

Cuando la cancela se cerró del todo, Cale volvió a fijarse en los niños. Ninguno estaba gordo, aunque tenían esa carita redonda

propia de los niños. Todos observaban con ojos como platos el inmenso tamaño del castillo con sus enormes muros, pero aunque se quedaran anonadados ante lo extraño del lugar en que acababan de penetrar, no parecían tener miedo. Cale sintió en su interior una serie de emociones profundas y extrañas a las que no hubiera podido dar nombre. Pero, si bien se dejó atrapar por ellas, le salvó, como había ocurrido ya muchas veces, su costumbre de mantener un oído atento a lo que sucedía a su alrededor.

Se apartó de la ventana y empezó a caminar por el pasillo.

—¡Tú, espera!

Cale se paró y se dio la vuelta. En el umbral de una de las puertas que daban al pasillo se encontraba uno de los redentores. Estaba tan gordo que le colgaban trozos de carne por los bordes del cuello. De la estancia que se encontraba a su espalda salían vapores y ruidos extraños. Cale lo miró sin mover un músculo de la cara.

—Ven aquí y déjame que te vea.

El muchacho caminó hacia él.

—¡Ah, eres tú! —dijo el gordo redentor—. ¿Qué estás haciendo por aquí?

—El Padre Disciplinario me ha mandado llevar esto al torno. —Le mostró el saco azul que llevaba.

—¿Qué has dicho? ¡Habla más alto!

Desde luego, Cale sabía que el redentor estaba sordo de un oído, y lo de hablar en voz baja lo había hecho a propósito. Repitió lo dicho, pero esta vez gritando a pleno pulmón.

—¿Te estás haciendo el gracioso, muchacho?

—No, Padre.

—¿Qué hacías en la ventana?

—¿En la ventana?

—No me tomes por tonto. ¿Qué hacías allí?

—Oí abrirse la Cancela del Noroeste.

—¿Seguro...? —Se quedó como distraído—. Parece que llegan pronto —gruñó, molesto, y después se volvió y miró hacia atrás, pues aquel gordo era el Padre Vituallero, supervisor de aquella cocina que alimentaba tan bien a los redentores y apenas daba de comer a los niños—. ¡Veinte más para la cena! —Al gritar esto, su

aliento penetró en la nube maloliente de la estancia. Se volvió de nuevo hacia Cale.

—¿Estabas pensando en algo cuando estabas en la ventana?

—No, Padre.

—¿Tenías imaginaciones?

—No, Padre.

—Si te vuelvo a pillar merodeando por aquí, te arranco la piel, ¿me has oído?

—Sí, Padre.

El Padre Vituallero regresó a su estancia y empezó a cerrar la puerta. Mientras lo hacía, Cale dijo en voz baja, pero lo bastante claro como para que pudiera oírle cualquiera que estuviera menos sordo que el Padre Vituallero:

—¡Ojalá te ahogues ahí dentro, bola de sebo!

La puerta se cerró de golpe y Cale siguió por el pasillo, arrastrando el gran saco tras él. A pesar de que hizo el recorrido prácticamente a la carrera, le costó casi quince minutos alcanzar el torno, que se hallaba al final de un breve pasillo. Lo llamaban el tambor porque eso era lo que parecía, si uno olvidaba el hecho de que medía un metro ochenta de alto y estaba empotrado en un muro de ladrillo. Al otro lado del tambor, o torno, había una parte completamente cerrada y apartada del resto del Santuario, donde, según se rumoreaba, vivían doce monjas que cocinaban para los redentores y les lavaban la ropa. Cale no sabía lo que era una monja, ni había visto nunca ninguna pese a que de vez en cuando hablaba con ellas a través del torno. No sabía en qué se diferenciaban las monjas de las otras mujeres, de las que en el Santuario se hablaba raramente y siempre con aversión. Aunque había dos excepciones: la Santa Hermana del Ahorcado Redentor y la Bendita Imelda Lambertini, que había muerto a los once años en un éxtasis acaecido mientras tomaba la primera comunión. Los redentores no explicaban qué era un éxtasis, y no había nadie lo bastante tonto como para preguntarlo. Cale empujó el torno y este giró sobre su eje, revelando una gran abertura. Metió dentro el saco azul y volvió a empujar. Después golpeó en un lado, haciendo mucho ruido. Esperó treinta segundos hasta oír una voz apagada procedente del otro lado del muro.

—¿Qué sucede?

Cale acercó la cabeza al torno para poder ser oído. Sus labios casi tocaban la superficie.

—El redentor Bosco quiere esto para mañana por la mañana —gritó.

—¿Por qué no lo trajeron con los otros?

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

Desde el otro lado del muro se oyó un grito de ira, agudo y amortiguado.

—¿Cómo te llamas, impío?

—Dominic Savio —mintió Cale.

—Pues bien, Dominic Savio. Informaré al Padre Disciplinario y te arrancará la piel a latigazos.

—Mirad cómo tiemblo.

Veinte minutos después, Cale regresaba a la oficina de estrategia del Padre Militante. No había en ella nadie salvo el propio redentor, que no levantó la mirada ni dio muestra alguna de haber visto a Cale. Durante otros cinco minutos, siguió escribiendo en su libro de cuentas sin levantar la vista, antes de decir:

—¿Por qué has tardado tanto?

—El Padre Vituallero me paró en el pasillo exterior.

—¿Por qué?

—Creo que había oído un ruido fuera.

—¿Qué ruido? —Por fin, el Padre Militante miró a Cale. Sus ojos eran de un color azul claro casi descolorido, pero muy vivos. No se les escapaba prácticamente nada. O nada en absoluto.

—Estaban abriendo la Cancela del Noroeste para dejar entrar a los nuevos. El Padre Vituallero no esperaba que llegaran hoy. Me parece que estaba molesto.

—Cuidado con lo que dices —advirtió el Padre Militante, pero en un tono más suave del habitual. Cale sabía que despreciaba al Padre Vituallero, y por eso no le parecía tan peligroso hablar de ese modo de un redentor.

—Le pregunté a tu amigo por el rumor de que habían llegado —comentó el redentor.

—Yo no tengo amigos, Padre —repuso Cale—: están prohibidos.

El Padre Militante se rio levemente. Su risa no era agradable.

—No me preocupa eso precisamente de ti, Cale. Pero si quieres que lo diga así, el delgado del pelo rubio. ¿Cómo lo llamas tú?

—Henri.

—Ya sé su nombre de pila. Pero tienes un apodo para él.

—Lo llamamos Henri el Impreciso.

El Padre Militante volvió a reírse, pero esta vez su risa sonó a buen humor normal y corriente.

—Muy bien —dijo, apreciando lo certero del apodo—. Le pregunté a qué hora habían llegado los nuevos y me dijo que no estaba seguro, pero que había sido en algún momento entre las ocho campanadas y las nueve. Entonces le pregunté que cuántos eran y me dijo que tal vez quince, o tal vez más. —Miró a Cale fijamente a los ojos—. Le di unos azotes para enseñarle a ser más exacto en lo sucesivo. ¿Qué te parece?

—A mí me da igual, Padre —respondió Cale con rotundidad—. Merecía el castigo que vos quisierais infligirle.

—Desde luego. Me alegra mucho que pienses así. ¿A qué hora llegaron?

—Justo antes de las cinco.

—¿Cuántos eran?

—Veinte.

—¿De qué edad?

—Ninguno tenía menos de siete años ni más de nueve.

—¿De qué tipo?

—Cuatro mezos, cuatro uitlanders, tres folders, cinco mestizos, tres miamis y uno que no sé.

El Padre Militante lanzó un gruñido, como si no acabara de satisfacerle que todas sus preguntas fueran respondidas con tanta precisión.

—Ve al tablero. Te he puesto un problema. Tienes diez minutos para resolverlo.

Cale se dirigió a una mesa grande y cuadrada de unos seis metros de lado, sobre la cual el Padre Militante había desplegado

un mapa que la desbordaba ligeramente. Era sencillo reconocer algunas de las cosas que había allí dibujadas: colinas, ríos, bosques... Pero sobre él había unos tacos de madera, pequeños y numerosos, que tenían números y símbolos. Algunos de esos tacos estaban colocados de manera ordenada, otros de forma aparentemente azarosa. Cale observó el mapa durante todo el tiempo que se le había concedido, al cabo del cual alzó la mirada.

—¿Y bien? —preguntó el Padre Militante.

Cale empezó a exponer su solución.

Terminó de hacerlo veinte minutos después, y dejó las manos quietas ante él.

—Muy ingenioso. Impresionante, diría yo —dijo el Padre Militante. Algo se transformó en la mirada de Cale. Entonces, con extraordinaria velocidad, el Padre Militante azotó la mano izquierda del muchacho con un cinturón de cuero lleno de tachuelas pequeñas y redondeadas.

Cale hizo una mueca. El dolor le forzó a apretar los dientes. Pero enseguida su rostro volvió a adoptar aquella atenta frialdad que era todo cuanto el redentor solía ver en él. El Padre Militante se sentó y observó al muchacho como si fuera un objeto interesante y sin embargo insatisfactorio.

—¿Cuándo vas a aprender que cuando haces algo brillante, algo original, es tan solo porque el orgullo te domina? Esa solución que propones podría funcionar, pero es innecesariamente arriesgada. Sabes muy bien cuál es la solución canónica para este problema. En la guerra un éxito gris es siempre mejor que un éxito brillante, y sería mejor que aprendieras por qué. —Golpeó en la mesa con furia—. ¿Es que has olvidado que un redentor tiene derecho a matar al instante a cualquier chico que haga algo inesperado?

Volvió a golpear en la mesa, se levantó y miró a Cale. Aunque en pequeña cantidad, la sangre manaba por toda la palma de la mano izquierda de Cale, que seguía abierta.

—Nadie te trataría con la indulgencia con que lo hago yo. El Padre Disciplinario te ha echado el ojo. Ya sabes que le gusta dar un ejemplo cada pocos años. ¿Quieres terminar en un Acto de Fe?

Cale miró al frente y no dijo nada.

—¡Responde!

—No, Padre.

—Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa —dijo el Padre Militante, golpeándose tres veces el pecho con la mano—. Tienes veinticuatro horas para meditar en tus pecados antes de arrepentirte de ellos ante el Padre Disciplinario.

—Sí, Padre.

—Ahora vete.

Dejando caer las manos, Cale se volvió y se dirigió a la puerta.

—No manches de sangre la alfombra —advirtió el Padre Militante.

Cale abrió la puerta con la mano buena y salió.

Solo en su oficina, el Padre Militante vio cerrarse la puerta. En cuanto oyó el chasquido de la cerradura, su expresión cambió de la ira apenas reprimida a una reflexiva curiosidad.

Fuera, en el pasillo, Cale se quedó un momento en pie, inmóvil bajo aquella horrible luz marrón que teñía todo el Santuario. Observó su mano izquierda: las heridas no eran profundas, porque las tachuelas del cinto estaban pensadas para causar intenso dolor sin provocar heridas difíciles de curar. Apretó el puño todo lo posible, agitando la cabeza como si un leve temblor le atravesara el cráneo. La sangre goteó en el suelo abundantemente. A continuación relajó la mano, y bajo la luz marrón apareció en su rostro la huella de una horrible desesperación. Esa huella desapareció al cabo de un momento, y Cale empezó a recorrer el pasillo hasta perderse de vista.



Ninguno de los muchachos del Santuario sabía cuántos eran en total. Algunos aseguraban que había nada menos que diez mil y que aumentaban cada mes. Sobre ese incremento versaba la mayor parte de las conversaciones. Aquellos que se encontraban ya cerca de la veintena coincidían en decir que hasta los últimos cinco años, el número de chicos, fuera el que fuera, había permanecido estable;

pero que a partir de entonces había ido en aumento. Los redentores estaban haciendo las cosas de modo diferente, y eso en sí mismo era algo extraño y de mal agüero, pues la costumbre y la conformidad con el pasado significaban para ellos lo mismo que significa el aire para quien respira. Para ellos cada día debía ser igual al día anterior, cada mes como el mes anterior, y ningún año debía diferir de ningún otro. Y, sin embargo, ahora el gran incremento del número de acólitos obligaba a introducir cambios: en los dormitorios se habían introducido literas de dos y de tres pisos para acomodar a los recién llegados; el servicio divino se daba de manera alternativa para que todos pudieran rezar y recibir cada día los dones contra la condenación; y ahora había turnos para las comidas. Pero sobre las razones de estos cambios, los muchachos no sabían nada.

Con la mano izquierda envuelta en un sucio trozo de tela que habían desechado las siervas lavanderas, Cale atravesó el enorme refectorio durante el segundo turno, llevando una bandeja de madera. Había llegado tarde, aunque no demasiado tarde (si hubiera sido así, le habrían pegado y excluido de la cena). Fue caminando hacia la gran mesa que había al final de la estancia, donde comía siempre. Se detuvo tras otro chico de la misma edad y altura que él, que estaba tan concentrado en su cena que no notó que tenía a Cale detrás. Pero lo alertó la cabeza levantada de sus compañeros de mesa. Entonces levantó la mirada.

—Lo siento, Cale —dijo metiéndose en la boca los restos de comida al mismo tiempo que se salía del banco y se llevaba la bandeja apresuradamente.

Cale se sentó y observó su cena: había algo que parecía una salchicha pero no lo era, y estaba cubierta de una salsa aguada, con un tubérculo indeterminado al que una cocción interminable había convertido en una papilla de pálido color amarillento. Al lado, en un cuenco, había unas gachas frías, grises y gelatinosas, como nieve pisada durante días. Por un momento, y pese a lo hambriento que estaba, no fue capaz de decidirse a empezar. Entonces alguien se sentó a su lado en el banco. Cale no lo miró, pero se puso a comer, y solo un levísimo temblor en la comisura de los labios revelaba el asco que sentía.

El muchacho que se había sentado a su lado empezó a hablar, pero en voz tan baja que solo Cale podía oírle. No era prudente que lo pillaran a uno hablando durante la cena con el de al lado.

—He encontrado algo —dijo el muchacho claramente emocionado, pese a que apenas se le podía oír.

—Me alegro por ti —respondió Cale sin entusiasmo.

—Algo maravilloso.

Esta vez Cale no reaccionó en absoluto, sino que concentró su mente en ingerir las gachas sin tener arcadas. El otro muchacho hizo una pausa.

—Hay comida: comida que se puede comer. —Cale apenas levantó la cabeza, pero su compañero de asiento supo que lo había logrado.

—¿Por qué tendría que creerte?

—Connigo estaba Henri el Impreciso. Nos vemos a las siete detrás del Ahorcado Redentor.

Diciendo esto, el muchacho se levantó y se fue. Cale alzó la cabeza, y apareció en su rostro una extraña expresión de anhelo, tan diferente de la fría máscara que habitualmente mostraba al mundo que el muchacho que tenía delante se le quedó mirando.

—¿No quieres eso? —le preguntó con ojos llenos de esperanza, como si la salchicha rancia y las gachas de color gris amarillento le proporcionaran una satisfacción inmensa.

Cale ni le respondió ni le miró. Continuó comiendo, esforzándose por tragar sin hacer arcadas.

En cuanto terminó, Cale llevó la bandeja de madera al lavatorio, la fregó en la pila con arena y la volvió a poner en su estante. Al dirigirse hacia la salida, observado como estaba por un redentor que vigilaba el refectorio desde un enorme sitial, Cale se arrodilló ante la estatua del Ahorcado Redentor y se golpeó tres veces el pecho, murmurando: «Soy pecado, soy pecado, soy pecado» sin prestar ninguna atención al significado de las palabras.

Fuera estaba oscuro, y había descendido la niebla nocturna. Eso era buena cosa: le resultaría más fácil deslizarse sin ser visto desde el deambulatorio hasta los arbustos que crecían tras la gran estatua.

Para cuando llegó, Cale era incapaz de ver a más de tres metros de distancia. Descendió desde el deambulatorio a la grava que había delante de la estatua.

Aquella estatua era la más grande de todas representaciones del Ahorcado Redentor que había en el Santuario, y debía de haber cientos de ellas, algunas de las cuales no medían más que unos centímetros y estaban clavadas a las paredes, puestas en hornacinas o decorando las pilas de cenizas sagradas que había al final de cada pasillo y por encima de las puertas. Eran tan comunes, se las mencionaba con tanta frecuencia, que la imagen misma había perdido todo significado. Nadie, salvo los nuevos, era capaz de ver en ellas lo que eran: la imagen de un hombre colgado en una horca, con una soga alrededor del cuello y el cuerpo sombreado de cicatrices producidas por las torturas que le habían infligido antes de la ejecución, y cuyas piernas rotas colgaban extrañamente torcidas. Las sagradas horcas del Ahorcado Redentor hechas durante la fundación del Santuario, mil años antes, eran crudas y tendían a un realismo directo: un terror en los ojos y en la cara que suplía la falta de habilidad en la talla, el cuerpo contorsionado, la lengua saliendo de la boca... Aquella, venían a decir los escultores, era una manera horrible de morir. A lo largo de los años las estatuas se habían ido volviendo más perfectas pero también más blandas. La gran estatua, con su enorme horca, su gruesa soga y su Redentor de seis metros de altura colgando de ella, no tenía más que treinta años de antigüedad, y los verdugones que lucía a la espalda eran prominentes, pero limpios y sin sangre; y las piernas, más que quebradas por los golpes, parecían sufrir de calambres. Pero lo más raro de todo era la expresión de la cara, pues en lugar del horrible sufrimiento de la estrangulación, parecía mostrar una expresión de molestia, algo así como si se le hubiera atravesado una espina en la garganta y tratara de quitársela tosiendo discretamente.

Sin embargo, aquella noche de niebla y oscuridad, lo único que Cale podía distinguir del Redentor eran sus enormes pies surgiendo de la niebla. Resultaba tan extraño, que producía incomodidad. Con cuidado de no hacer ruido, Cale se introdujo en los arbustos, que lo protegerían de la vista de cualquiera que pasara.

—¿Cale?

—Sí.

Kleist, el muchacho con el que había hablado en el refectorio, y Henri el Impreciso salieron de los arbustos y aparecieron ante él.

—Espero que merezca la pena el riesgo que corremos, Henri —susurró Cale.

—La merece, Cale. Te lo aseguro.

Kleist le hizo a Cale un gesto para que lo siguiera tras los arbustos, pegado al muro. Allí todo estaba aún más oscuro, y Cale tuvo que esperar un poco a que sus ojos se adaptaran. Los otros dos esperaban. Había una puerta.

No es fácil imaginarse lo emocionante que resultaba ver allí una puerta, pues en el Santuario, pese a que había muchas entradas, puertas había pocas. Durante la Gran Reforma, acaecida doscientos años antes, más de la mitad de los redentores habían sido quemados en la pira por herejes. Temiendo que aquellos apóstatas pudieran haber contaminado a los muchachos, la secta victoriosa de los redentores les había cortado el cuello, solo por si acaso. Tras volver a aprovisionarse de chicos, los redentores habían realizado muchos cambios en el Santuario, uno de los cuales consistía en suprimir todas las puertas allí donde había muchachos.

Pues, a fin de cuentas, ¿de qué servía una puerta donde había pecadores? Las puertas ocultan cosas, las puertas amparan actos malvados, habían decidido, amparan el secreto, ya sea en soledad o en compañía, y amparan la confabulación. La idea misma de puerta, en cuanto les dio por meditar en ella, les provocó a los redentores rabia y temor. El mismísimo demonio ya no era plasmado solo como una bestia con cuernos sino, al menos con la misma frecuencia, como un rectángulo dotado de cerradura.

Claro está que ese anatema contra las puertas no se aplicaba a los propios redentores, y de hecho el símbolo de su redención era la posesión de una puerta en su lugar de trabajo y en las celdas en que dormían. Para los redentores, la santidad se medía por el número de llaves que les permitían colgar de la cadena con que rodeaban la cintura. El tintineo que hacía uno al caminar mostraba que ya había sido aceptado en el cielo.

El descubrimiento de una puerta desconocida, por tanto, era algo sorprendente y emocionante.

En cuanto sus ojos empezaron a acostumbrarse a la oscuridad, Cale distinguió junto a la puerta un montón de escayola rota y ladrillos desmoronados.

—Me estaba escondiendo de Chetnick —explicó Henri el Impreciso—. Así es como encontré este lugar. El yeso de la esquina se estaba cayendo, así que mientras esperaba que Chetnik se fuera empecé a arrancarlo. Le había entrado agua y se desmoronaba solo. En un minuto lo desprendí todo.

Cale alargó la mano hacia el borde de la puerta y empujó con cuidado. Volvió a empujar. Y otra vez más.

—Está atrancada.

Kleist y Henri el Impreciso sonrieron. Kleist se metió la mano en el bolsillo y cogió algo que Cale no había visto jamás en posesión de ningún muchacho: una llave. Era gruesa y larga, y estaba picada de herrumbre. Los ojos les brillaron de emoción. Kleist metió la llave en la cerradura y la giró, gruñendo al hacer el esfuerzo. Entonces, haciendo «¡clank!», la llave dio vuelta.

—Hemos estado tres días echándole grasa y tal para que abra —dijo Henri el Impreciso con voz impregnada de orgullo.

—¿Dónde encontrasteis la llave? —preguntó Cale. Kleist y Henri el Impreciso se sentían encantados de que Cale se dirigiera a ellos como si hubieran resucitado un muerto o caminado sobre las aguas.

—Te lo diremos cuando estemos dentro. Adelante. —Kleist arrió el hombro a la puerta, y los otros hicieron lo mismo—. No empujéis demasiado fuerte, porque puede que no estén muy bien las bisagras. No hay que hacer ruido. Contaré hasta tres. —Se detuvo—. ¿Listos? A la una, a las dos y a las... tres. —Empujaron. Nada. No se movió ni un centímetro. Se pararon para coger aire—. A la una, a las dos y a las... tres.

Empujaron de nuevo, y entonces la puerta chirrió. Se echaron atrás alarmados. Si los oían, los atraparían; y si los atrapaban, los someterían a Dios sabía qué.

—Nos podrían colgar por esto —dijo Cale. Los otros lo miraron.

—No harían eso... La horca no.

—Bosco me ha dicho que el Padre Disciplinario anda buscando una excusa para dar un ejemplo. Hace ya cinco años desde que ahorcaron al último.

—No serían capaces —repitió Henri el Impreciso, horrorizado.

—Sí que serían. ¡Esto es una puerta, por Dios! Y tú tienes una llave. —Cale se volvió hacia Kleist—. Y, por cierto, me mentiste: no tienes ni idea de lo que hay ahí dentro. Seguramente no va a ningún lado, y no encontraremos nada que merezca la pena robar ni que merezca la pena ver. —Volvió a mirar al otro—. No merece la pena correr el riesgo, Henri, pero se trata de vuestro cuello. Conmigo no contéis.

Cuando ya se iba, una voz gritó desde el deambulatorio con rabia e impaciencia.

—¿Quién anda ahí? ¿Qué ha sido ese ruido?

Entonces oyeron las pisadas de un hombre que caminaba sobre la grava, por delante de la estatua del Ahorcado Redentor.